ALINA DIACONÚ

LOA AL CAFÉ

Qué alegría
haber pasado
gran parte
de mi tiempo
en los cafés.
Viendo así
la vida pasar
como una película
documental,
actuando siempre
de extra,
desde la mesa

con vista
al Bulevar
Saint-Germain
o al Parque Lezama.
Mirar
por la ventana
mis varias patrias
en retazos
desde un punto preciso,
casi siempre
una esquina
célebre
de ésta
u otra
gran ciudad.
Ser parroquiana
de la Tierra
frente a una taza
de café,
la delicia pequeña
y suprema
en mi día
cualquiera.

Aspirar el aroma
conocido
e inspirador
y la maravilla
del momento
entre las paredes
del bar
cotidiano,
esa inocente
adicción
insuperable.

TEMORES Y AMORES

a la memoria de Mami, Tati, Omi, Opi

Desde la infancia
le temí al
Centauro,
al trueno,
a las olas,
a los borrachos.
A un fantasma
llamado
Baba Stoltza,
a la ira
de mi madre,
a los cadáveres,
y a la muerte en sí,
a las verrugas
con pelos
en ciertas caras,
a la fiebre
y al zumbido
de mis bronquitis
y a los ciegos,
a cualquiera
de ellos.
Desde niña
amé
en cambio
al Unicornio,

a la Fata Morgana,
al Pequeño Lord
a Ileana Cosinzeana,
el fuego,
una flor llamada
"no me olvides",
la montaña
verde o nevada,
las piedras de
cualquier tamaño,
la risa de mi padre,
los pinos,
a los actores
en el escenario,
los caracoles
en el jardín
con su baba
plateada,
los arroyos,
las fresas
del bosque,
los gatos,
los perfumes
en frasco,
la penumbra
de las
iglesias
ortodoxas,
con sus íconos
y sus cirios
titilantes,
el guiso de
garbanzos
con arroz
y el caviar
de berenjenas.
Desde pequeña
amé
algunos nombres
propios
como Coppelia,
Samarcanda,
Constantinopla
o Zanzíbar
y el idioma
francés,
con sus acentos

finales,
oh la la oh, la, la,
y a Verlaine,
por supuesto,
con sus
sanglots longs.
Amaba mirar
los pies nudosos
y las manos
de las personas
y algunas arrugas
me fascinaban,
sí, sí, sobre todo
las que se llaman
"líneas de expresión".
Amé un tango
titulado "Tangolita"
que sonaba
en alemán
desde un disco
de pasta en mi casa.
Temores
y amores
intensos
y olvidables
que hoy
resucitan
en esta página
a través de esta
por siempre
insuficiente
enumeración.
Y un susurro
desde el vacío
cósmico
que me dice
como en un axioma
-quizá lo sea-
que allí
donde hay amor,
pierde su sitio
el tan temido
temor.

TRISTEZA DE DOMINGO

Así estamos,
casi como al nacer,
desnudos
en la intemperie,
solos,
desmembrados,
vacíos.

Maquillados por fuera,
mudos de tanto hablar,
ciegos y sordos
en el barullo.

Autómatas sonrientes,
juguetes rotos,
olvidados
del Gran Titiritero.
Melancólicos
de lo que no fue,
nostálgicos
de lo que ha sido.

Así vivimos,
solos,
emperifollados,
deshabitados.